

LA HUELGA DE LAS MUJERES

LA primera huelga de mujeres de la que se tiene noticias es la de Lisístrata; la más reciente, la que tímida y escasamente ha sucedido en París el 8 de junio. La de Lisístrata es una ficción, aunque algunos creen que Aristófanes se basó en algún hecho o conato anterior. En general, y como base para la dudosa comicidad del viejo derechista griego (la obra se ha visto recientemente en España, en versión de Llovet y con la interpretación de Aurora Bautista), se trata de que las mujeres, para forzar a los hombres al restablecimiento de la paz, les negaban lo que las liberadas de París han llamado ahora «servicios sexuales». Si se me permite un comentario de hombre ante la cuestión, diré que la expresión «servicios sexuales» me subleva. No creo que se puedan enfocar claramente las relaciones hombre/mujer (o mujer/hombre) de una manera que no sea la de la comunicación mutua, la de la gratificación mutua y, trascendiendo la cuestión, a una comunicación de cada uno con el mundo, o con la vida, a través del otro. Es indudable que se puede reducir perfectamente la cuestión a una relación física más bien fugaz; aun así, la falta de correspondencia de sensaciones puede desproveer al acto de todo interés. La toma y dación de servicios es siempre un acto frío y ajeno. En tanto que hombre, y expresando no solamente ya ideas personales, sino de teóricos del tema —científicos— e intuitivos —novelistas, poetas—, la idea de que una mujer pretenda hacerme un favor sin sentirse a su vez favorecida por el mismo acto, o que me ofrezca un servicio sin encontrarse a sí misma servida, no por razones ajenas —dinero, posición social o conversación—, me parece, repito, sublevante. El hecho de que pretenda castigarme privándome de algo que considera un servicio, y que, por lo tanto, realiza habitualmente como un trabajo penoso o simplemente indiferente, me parece que es algo que la aleja realmente de su condición de mujer, y que, por lo tanto, la priva del derecho de hablar en nombre de las mujeres.

Ahora bien: hay una sensación que comparten muchas de estas prestadoras de servicios, y consiste en creer que se han reducido a tal estado, que han sido desfeminizadas (y, por lo tanto, lo contrario por una retorsión del vocablo: feminizadas en el sentido de sofisticadas, de conversión en objeto femenino, en algo similar a la muñeca de goma de venta en los «sex-shops» europeos) por una larga dominación del hombre. Hay, en efecto, una cierta tendencia en algunos sectores a la mujer-muñeca, que llega en gran parte de tribus africanas y en algunas zonas de los países árabes a la ablación

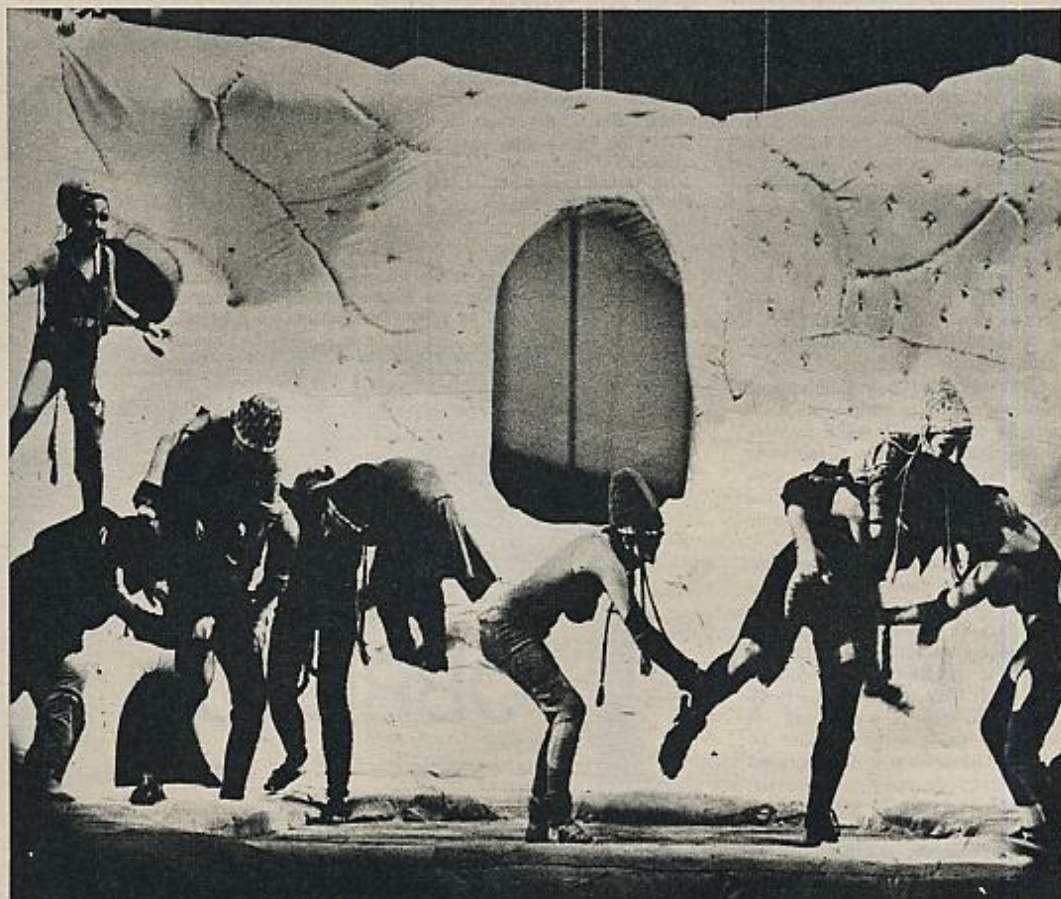
del clítoris y en sociedades que se consideran más evolucionadas a la creación de una coraza de pudor, que, en la práctica, alcanza resultados mucho más eficaces y más profundos que la amputación africana, aunque su barbarie sea menos visible. Sin embargo, el sentido de esta huelga de París se escapa a la comprensión. Una respuesta a lo que consideran agresión del hombre en ese sentido sería, típicamente, la afirmación de su sexualidad y la recuperación de lo arrebatado; no parece claro que su aceptación como servicio y la declaración de huelga en ese sentido, como si realmente se tratase de un problema social de intercambio de servicios, de un problema laboral, ayude a la comprensión de la situación.

Numerosas mujeres que actúan dentro del marco de la lucha por la

dirigentes y de la exaltación del espontaneísmo: se reúnen y hablan sin turno, a veces al mismo tiempo; se forman pequeños grupos más afines, conversan entre ellos. Katherine Aube, la mujer que informó de esta asamblea en «Le Monde», recogió la frase de una militante: «Las asambleas generales son una de las realidades más dolorosas que he conocido desde que entré en el movimiento». En esta confusión suelen terminar por imponerse los puntos de vista de las «gauchistes» (dentro de su movimiento, no por relación política con los movimientos denominados así en la jerga actual).

El movimiento es una federación, y dentro de él hay tendencias muy diversas. Hay un grupo de «psicoanálisis y política»; pretende que la mujer debe analizarse a sí misma, o psicoanalizarse con otra mu-

no suele considerar al hombre como enemigo nato, sino a unas condiciones sociales que nacen de la división del trabajo en las sociedades prehistóricas (el humano deja de ser hervíboro y se convierte en cazador: la mujer se encarga de mantener el fuego, que si se apagase sería una catástrofe, y de adiestrar a sus hijos mientras el hombre va de caza; y de ahí vendría todo), que no tiene razón de ser en las sociedades contemporáneas, donde la ciencia y la técnica y la reducción de la natalidad que se observa en los países desarrollados (espontáneamente, aparte de las incidencias de contraceptivos y leyes de aborto, que producen una disminución de la natalidad incomparablemente menor que la de reducción espontánea) y, por lo tanto, su misión política sería la de actualizar



La primera huelga de mujeres de que se tiene noticia es la de Lisístrata. La obra se vio recientemente en España, en versión de Enrique Llovet, interpretación de Aurora Bautista y dirección de José Luis Gómez.

liberación, de la federación del MLF —movimiento de liberación de las mujeres—, lo han visto más o menos así. La asamblea en que se decidió la huelga fue confusa, como suelen serlo las asambleas del MLF, por la decisión de la igualdad total, de la negación de existencia de

jer, con objeto de depurarse de las cargas ancestrales y llegar al conocimiento de su propio ser real, y una vez en posesión de esta personalidad lúcida, actuar políticamente de manera que pueda cambiar las estructuras de la sociedad. Este grupo no es antimasculino,

el pensamiento arcaico con las realidades modernas.

Frente a este grupo está el revolucionarista: el del hombre como enemigo. Es decir, la que describe la situación como una lucha de clases, o racista, por la cual una mitad de la Humanidad se ha apode-



Pablo Berbén

rado de los instrumentos de poder y fuerza y explota a la otra mitad. Es el movimiento más influido por las Women's Lib de los Estados Unidos, y practica abiertamente el odio de clases sexuales. Se le suele acusar de estar dominado por lesbianas, no porque éstas se conviertan en tales por su afiliación al grupo, sino porque el odio o el miedo al hombre las llevan a tomar posiciones radicales.

La huelga de las mujeres ha sido principalmente la obra de las revolucionaristas: la han preparado cuidadosamente, y han conseguido su voto en la asamblea general, a pesar de las muchas reservas expresadas por los otros grupos. Reservas que iban desde la inutilidad del movimiento (una huelga de «servicios sexuales» prevista para tres días no debe tener ninguna incidencia en la necesidad del hombre: la de Lisistrata se prolongó durante mucho tiempo); otras, por esa misma filosofía de la cuestión expuesta anteriormente: porque la sexualidad femenina no debe considerarse, de ningún modo, como un servicio, sino como un acto tan espontáneo y libre en la mujer como en el hombre (también en la asamblea de mujeres de la obra de Aristófanes había las que se negaban a la huelga porque tenían sus propias necesidades y no deseaban renunciar a ellas).

La huelga tenía otros aspectos episódicos. Por ejemplo, la de acentuar el carácter «femenino» o de objeto para poner a los hombres frente a su propia obra. Esto es: acentuar el uso de perfumes, de minifaldas, de desodorantes, de gestos de coquetería y seducción en los lugares públicos, y sobre todo, en los lugares de trabajo donde conviven hombres y mujeres. Incluso, decía la consigna, «serán escritos mensajes de amor con lá-

piz de labios en las carpetas confidenciales...». Y, ocupadas en este simulacro, las mujeres no trabajarían o trabajarían menos esos días, para demostrar que la mujer-objeto es inútil a la sociedad.

Katherine Aube describe a las mujeres del movimiento, sobre todo a las revolucionaristas, como intelectuales, estudiantes o ex estudiantes; «tienen unos veinte años, pantalón, cabellos que si están cuidadosamente tratados con «henné», no están «peinados»; casi todas vienen de un medio burgués... y lo lamentan. El rostro, agudo; la mirada, de fiebre; se baten con ira contra una realidad inaprensible. Una reunión del MLF es una exorcización, un canto encantatorio; ciclos de agresividad, en los que las participantes se lanzan las palabras más crudas, en tono rasgado de voz, suceden a otros de conversación a media voz. Un ritmo marino de palabras que vienen una y otra vez, que, cuando se pronuncian, se tratan de aniquilar o de magnificar: «trabajo», «tipos» («mecs»), «niños», «tendencias fálicas», «dominación»... Aprendices de brujas que juegan con nociones de relación sexual, de amor, de creación de la vida; kamikazes dispuestas al suicidio antes que aceptar un papel subalterno: las mujeres del MLF, con una desconcertante mezcla de utopía y de lucidez amarga, perciben toda la fuerza y todo el riesgo de su movimiento».

¿La huelga?: Ineficaz en sí misma. Ha pasado sin ser vista, o, apenas, convertida en diversión, en anécdotas, en frivolidad. Precisamente aquello de lo que querían huir. Pero ha significado otro paso, un paso más, hacia algo cuya solución no se sabe bien dónde está, pero cuyo problema se percibe cada día. ■

La CaPilla siXtina

LIBERALES DIGITALES

A Pedro Altares le han llamado "liberal digital". Suena muy mal. Hay que reconocerlo. Pedro me ha llamado por teléfono y me ha dicho:

—Sexto. Recorro a tu sensibilidad elíptica hacia el lenguaje para que me digas qué quiere decir eso de liberal digital.

—Arduo problema. Deja que lo consulte conmigo mismo y dentro de unos minutos te telefono la respuesta.

He reflexionado. Sabemos que la palabra liberal tiene distintas significaciones. Yo creo que "liberal", tal como lo ha utilizado "Pueblo" contra Pedro Altares, hace referencia más a un talante civil y personal que a las leyes de la economía capitalista. Y en cuanto a digital, en España no puede tener otro sentido que la designación a dedo. Por lo tanto, "Pueblo" ha acusado a Pedro Altares de ser un liberal designado a dedo. Y si llamar a alguien "liberal digital" es una acusación, quiere decir que el acusador no está de acuerdo con las designaciones a dedo. De lo cual se deduce que el acusador es un partidario de la elección de liberales por sufragio popular. Estamos a punto de asegurar que el acusador de Pedro Altares es un demócrata, pero a su vez un demócrata no electo. Por lo tanto, es un demócrata digital. Albricias.

Llamo a Pedro Altares.

—Pedro. Ya lo sé todo. Un demócrata digital te ha acusado de ser un liberal digital.

—¡Pardiez!

—No es grave.

—No. Pensaba que era peor. Oye, Sexto, ¿quién me ha designado a mi liberal a dedo?

—Esa sí que es grave cuestión. ¿No has recibido tú ningún motorista con un telegrama oficial en el que te nombraban liberal?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Tienes carnet de liberal?

—No.

—Pues no me explico. ¿Tampoco has salido en ninguna lista de esas que algunas revistas publican? Por ejemplo: los liberales del futuro.

—No.

—Pues, chico, no me explíco quién te ha designado a ti.

—No voy a poder dormir si no me aclaras la cuestión.

—Tal vez sea cosa de nacimiento.

—Lo dudo.

—Déjame un ratito más y trataré de solucionarte la cuestión.

Y he pensado. He seguido una por una las peripecias vitales de Pedro Altares y otros supuestos liberales digitales. En ningún caso he sabido localizar ese dedo telúrico que designa liberales. Creo que los dedos telúricos en España han designado casi todo, menos liberales. Esta raza se ha forjado a través de sus propias obras y comportamientos, se ha formado difícilmente tratando de ver lo que no se veía y tratando de leer lo que no se leía. Y en un acto de romántica solidaridad he resuelto cortar el nudo gordiano con la espada.

—Pedro.

—Dime, Sexto. ¿Tienes la solución?

—La he improvisado. Yo te designo liberal.

—¿Asumes esa responsabilidad?

—La asumo.

—Pues yo te designo a ti como liberal.

—Ya somos dos.

Y juntos y sumados, Pedro Altares y un servidor, proponemos que la cosa siga y cada liberal designe con el dedo a otro. A ver qué pasa. ■

SIXTO CAMARA